

MALA SOMBRA

Pedro Antonio Vidal Pérez



MA LA SOMBRA

(RELATOS DEL MAS ACÁ)

Pedro Antonio Vidal Pérez



Ediciones Albores

MALA SOMBRA (Relatos del más acá).

1ª Edición: Sevilla a 01 de Diciembre de 2023

©Copyright de la obra: Pedro Antonio Vidal Pérez

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19946-39-3

Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

ÍNDICE

El Trofeo	página 7
El diagnóstico	página 14
La Gota	página 18
El invitado	página 23
El Aviso	página 27
Mi casa	página 35
Los dos amigos	página 43
El paseo	página 48
El poeta peligroso	página 54
El trayecto	página 64
El otro	página 71
Dos escalones	página 86

EL TROFEO

Lo tenía instalado en su amplio despacho, en la pared de enfrente a su mesa de trabajo, a la derecha de la puerta de entrada. Era un magnífico venado de dieciséis puntas que había mandado disecar de pecho y colocarlo en lugar tan preferente, para poder mirarlo tarde a tarde, disfrutar de su belleza y recordar el lance de su muerte.

Si grande fue la impresión que le deparó su caza, no fue menor la que sintió el día en que lo recogió del taxidermista y lo clavó en la pared verde. De ella sobresalía ahora hasta el nacimiento de las paletillas.

Su enorme tamaño le asemejaba a una lámpara, una fantástica lámpara viva con dos ojos como dos bombillas negras.

Una vez colocado y distanciándose hasta su mesa, se admiró de la imponente presencia que transformó cada cosa y alteró todas las perspectivas. Los libros, los muebles, los cuadros, parecían retraerse un poco, como sobre-cogidos ante el gesto del gigante invasor, rindiéndole un cierto reconocimiento a su majestad, apabullados por su aire.

El cazador, contemplándolo, se sentó en la silla del despacho, preso también de la magia de aquel primer momento. Rompió el extraño silencio de la habitación cuando al cabo de unos minutos, como si hablara con él, le dijo ¿te gusta? y tras una vacilación y señalando a su derecha añadió: ¿el cuadro? Era uno grande que representaba un hermoso castaño en el otoño, junto a la ribera de un arroyo.

También él se volvió a mirarlo y recordó al instante el paraje donde había tenido lugar la caza y muerte del venado. Porque había, sí, un cierto parecido entre ambos paisajes, el pintado y el real, en el que ahora volvió a sumergirse por repentina ensoñación.

Era también una ribera, los árboles eran álamos y a un grupo de ellos, ya completamente dorado por el otoño, se acercó más atraído por la belleza del lugar que por su intuición cazadora. Cerca de aquellos y completamente oculto por la enramada, surgió un ruinoso molino.

No se equivocó. El sitio tenía una rara hermosura casi sobrenatural. Todo el suelo era una gigantesca alfombra de hojas amarillas, las mismas que innumerables, todavía cubrían los grandes álamos. “Torre ruinoso en campo de oro”, se dijo. Y pensó en un ciclópeo blasón, un escudo roto que hubiera caído desde la cima del monte y quedara abandonado a su pie, junto al río que pasaba llorando a su lado.

Estuvo paseando arriba y abajo, tomando varias fotografías, cuando a su derecha, tras el río, en la ladera del monte oyó el inconfundible bramido del ciervo celoso. Este sonido es el grito ayuno de la sangre. Una sirena seminal. No hay cazador que al oírlo no clave su vista en el lugar de donde cree que procede; no sienta que la médula de sus huesos se acerca.

De inmediato se parapetó tras los restos del azud, cambió la cámara por los prismáticos y comenzó a escudriñar la ladera. Era un brezal con algunos pinos aislados. De su cumbre bajaba un regato casi cegado que la partía en mitades simétricas. Lo que parecía un pedrejón gris era un gran venado con una parramera como un árbol seco que le na-

ciera de la frente. Estaba mirando hacia el lugar desde donde lo observaba y ahora iniciaba un movimiento hacia él, deteniéndose atento a los pocos metros y reanudando su marcha. “Se está acercando”, pensó asombrado. Se agachó más y buscó su rifle, lo apoyó sobre el muro musgoso y a partir de ese momento lo siguió, viendo partido el paisaje y su silueta por el eje negro del cañón.

“¡Dios mío! ¡Cree que aquí hay un rival y viene buscándole!”

El corazón del cazador se iba a salir por la hoyuela. Le seguía apuntando hasta que desapareció de su vista cubierto por la vegetación de la otra margen del río. Ahora solo podía escuchar sus ruidos, adivinar su presencia. En eso, la cortina verde de zarzas se rayó de arriba abajo y como si saliera de un lienzo, el venado se le echó encima. Cruzó el río y ya saltaba el muro tras el que se encontraba, cuando, levantando el arma, le disparó a tenazón. El cielo todo fue por un momento su panza blanca. El venado llegó a ver a su matador. Al tiro de fuego contestó, en un segundo larguísimo, con el tiro de luz de su ojo derecho.

Cayó deshecho al otro lado. El tiro había sido mortal. Un bulto negro, un puño de dolor y agonía, subía y bajaba por su cuello, desde el pecho a las quijadas, dando en la boca arcadas de sangre. Después, con los ojos completamente desorbitados y dejando escapar por sus narices un extraño silbido, como el de un tren lejano y furioso, el venado murió.

El cazador se sentó al lado a esperar al guarda que, estaba seguro, pronto aparecería al escuchar el disparo. Cuando se presentó, tras la acostumbrada felicitación que el cazador acogió distante y ensimismado, le preguntó si le pre-

paraba el trofeo. Dijo que sí. A cada puntada de la navaja del guarda, balanceaba el animal su cabeza. Había un aire de ceremonia sacrílega. A ambos lados del lomo iba cayendo inerte la gruesa piel. Pequeñas manchas de espuma blanca medraban sobre la rosada carne. Al final del cuello, el cazador se fijó en el latido rítmico de un músculo y se lo hizo notar al guarda.

“Es normal”, dijo. “Son resortes. Los nervios tardan en morir”.

¡Que si tardan! recordaba meses más tarde otra vez sentado en la mesa de su despacho. Será por eso lo del olor. Era bien extraño pero la piel del venado olía, olía a venado claro, pero unos días más que otros, unas horas más que otras.

Tardes había en que al abrir la puerta le impresionaba el husmo, la salvajina que todo lo impregnaba. Entonces no podía dejar de mirarlo de cerca, inquisitivo, casi asustado.

En su sillón de lectura, el más cercano a la pared, le caía a veces súbita la oleada, la lluvia seca. Se levantaba para verlo. ¿Pero qué es esto?

Lo contó a otros cazadores y le dijeron que a ellos también les pasaba. Le dieron vagas explicaciones sobre el tipo de curtientes y alguno añadió algo sobre los cambios de tiempo, lo que parecía confirmar su caso.

Pero le inquietaba. Bien es verdad que su temperamento nervioso, su soledad, sus hábitos nocturnos, le predisponían a ello. Era un hombre muy aislado, dado a lecturas, melancolías, ensueños; aquella pieza, de entre todas las que había cazado, desde que la colocó en su pared, le alteró todas sus costumbres. Se sentía observado.